

R. 18



ORACION FUNEBRE
DE
CARLOS III
REY DE ESPAÑA

PRONUNCIADA EN LA CAPILLA DE S. GERONIMO
de la Universidad de Salamanca el dia 28 de
Marzo del año de 1789

POR EL Rmo. P. M. Fr. ISIDORO ALONSO
*Benedictino, M. General de su Religion, Doctor Teologo,
y Catedratico de Prima de la dicha Universidad.*

EL MISMO AUTOR LA PONE A LOS
REALES PIES DE LA AUGUSTA MAGESTAD DE
CARLOS IV POR MANO DEL EXCELENTISIMO
SEÑOR MARQUES DE VALDECARZANA.

CON LICENCIA.

En Salamanca, en la Imprenta de Andrés García Rico,
Impresor Titular de dicha Ciudad.

R. 18



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GEDOS USAL ES

HESPERIA
LIBROS

Pl. Jose Antonio.10 - ZARAGOZA

ORACION FUNEBRE

CARLOS III

DE DON CARLOS III

DE DON CARLOS III

DE DON CARLOS III

DE DON CARLOS III

R. 327483

CON LICENCIA



29 DIC. 1986

SEÑOR



EL noble atrevimiento , con que pongo
á los Reales Pies de V. M. esta Ora-
cion , parecería animosidad temeraria , sino

se



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

CRÉDITOS USABLES

(4)

se halláran en ella algunas circunstancias, que , haciendola singularmente vuestra por la materia , de que trata , la hacen tambien de algun modo acreedora á vuestra Real proteccion. Ella es una copia fiel , y un Retrato legal de vuestro Augusto Padre. En ella se pintan las acciones heroicas , y las grandes virtudes del Sabio , del Piadoso , y del Justo CARLOS III; cuya admirable vida puede servir de leccion á todo el Universo, por hallarse en ella , no solo documentos, para que los Reyes aprendan el arte dificultoso de reynar; sino tambien grandes exemplos , para que los Hombres aprendan á vivir. Tiene por otra parte esta Oracion la recomendacion particular de ser una Obra dispuesta , ordenada , y pronunciada en la Universidad de Salamanca por un Vasallo vuestro , enteramente privado de la vista , á quien vuestro Padre (sin embargo de este defecto) hizo el incomparable honor de

con-

(5)

conferir la Catedra de Prima de Sagrada Teología , que actualmente regenta. Y aunque el elogio del Grande CARLOS pedia un Orador lleno de luces , y capaz de aprovecharse de todos los primores de la eloqüencia ; yo no obstante , agradecido á la honorifica eleccion , que hizo la Universidad de mi Persona ; no temí empeñarme en un asunto tan elevado , y al parecer tan superior á mis fuerzas; yá porque creo , que los adornos de la eloqüencia no son necesarios, quando el objeto del elogio habla eloqüentemente por sí mismo , y lleva consigo la persuasion , y el convencimiento de su grandeza ; y yá tambien , porque las virtudes, y las acciones piadosas de aquel gran Monarca , aunque desaparecieron en su Real Persona , han quedado fielmente retratadas en la vuestra ; y presentais con muchas ventajas á los ojos del Universo todo lo que falta á esta Oracion ; cuyo asunto empezaría



(6)

ría ahora de nuevo , descubriendo las preciosas qualidades , que os adornan ; sino temiera ofender la modestia , que juntais prodigiosamente con la Magestad , y la Grandeza.

SEÑOR:

Isidoro Alonso Benedictino

AL

(7)

AL EXCELENTISIMO SEÑOR D. JUDAS TADEO QUIROS, FERNANDEZ DE MIRANDA, PONCE DE LEON, GONZALEZ DE CIENFUEGOS, PARDO DE LANZOS, SIMO CARRILLO DE ALBORNOZ, TOLEDO, SAAVEDRA, Y TORREBLANCA, FENOLLET, VELASCO, VIVES DE CAÑAMAS, LADRON DE GUEVARA, AVENDAÑO, Y GAMBOA, &c.

MARQUES DE VALDECARZANA, DE TORRALBA, Bonnanaro, Boruta, Taracena, y Sot de Ferréz: *Conde de las Amayuelas*, de Escalante, Talú, Rocandiu, y Villamór: *Vizconde* de Centenera, y del Infantado: *Baron* de Paiporta, y Benicadim: *Patrono unico* de la insigne Iglesia Colegial, y Abadía de San Pedro de Terverga; de la Capilla nombrada de Talavera, sita en el Claustro de la Santa Iglesia Catedral de Salamanca: *Conservador* del Estudio, y Universidad de la misma Ciudad: Grande de España de primera clase, Caballero del insigne Orden del Toysón de Oro, y de la Real, y distinguida Orden Española de Carlos III, Gentil Hombre de Camara de S. M. con exercicio, su Sumiller de Corps, &c. &c. &c.

EXCELENTISIMO SEÑOR:

Entre los varios beneficios, de que soy deudor á la generosidad de V. E., puedo con-



(8)

contar por uno de los mayores el voluntario ofrecimiento, que V.E. me hace de poner en las manos de nuestro Soberano esta Oracion, que pronuncié en la Universidad de Salamanca á la piadosa memoria del grande CARLOS III. A la verdad: este es un beneficio, que tiene ciertos visos de prodigioso; pues siendo un Hombre enteramente ciego el que quiere ponerla á los Reales Pies de su Soberano; estaba expuesto á errar el camino, y á perderse en su misma obscuridad, sino fuera conducido por un Personage de tantas luces. V.E. me ha puesto en la venturosa necesidad de suplicarle de nuevo se sirva hacerme la gracia, que voluntariamente me ha ofrecido; y que V.E. mira yá como una deuda, que ha contrahido respecto de sí mismo, á cuya paga le executa la generosidad, y nobilísima indole, de que está adornado.

B. L. M. de V. E.

Su mas humilde servidor, y Capellan

Fr. Isidoro Alonso.

(9)

ADVERTENCIA AL QUE LEYERE.

COMO han sido muchas las Oraciones funebres, que he predicado en esta Ciudad de Salamanca; y como todas se han divulgado por medio de la Prensa; ninguno dudaba, que se publicaría con mas justa razon la del incomparable Monarca Carlos III, que pronuncié en la Universidad, de orden, y por encargo particular de la Universidad misma. Por esta razon todos la esperaban con impaciencia; y persuadidos á que se retardaba la impresion por culpa mia, no cesaban de molestarme, para que lo tomase con calor; y para que no tubiese tanto tiempo en expectacion á todo el Pueblo, sin que pudiese persuadirse alguno, á que se dexase de imprimir la Oracion del Rey, habiendose impreso todas las que prediqué de varios Doctores particulares; de suerte que de la impresion nadie dudaba, y solo se deseaba la prontitud, sin atender á que la Universidad, que me la encargó, y á cuyo cuidado debia al parecer estar su publicacion, podria tener motivos poderosos para no publicarla; como efectivamente los tenia, si damos credito á ciertos rumores de que está lleno todo el Pueblo.

Entre tanto yo me hallaba sumamente embarazado para responder no solo á varios sugetos de esta Ciudad, que clamaban por ella; sino tambien á muchas personas distantes de aquí, que me la pedian

por escrito. ¿Quando sale esa Oracion? decian unos. ¿Como tarda tanto en imprimirse? decian otros? ¿Quando acaba usted de embiar los exemplares, que le tengo pedidos? escribian muchos. Siendo para mi cada una de estas preguntas sumamente embarazosa, porque no encontraba respuesta acomodada á sus deseos. No me atrevia á decirles, que la Universidad no pensaba en imprimirla; porque para esto necesitaba darles alguna razon especiosa, con que quedasen ellos contentos, y yo no quedase desairado. Tampoco tenia yo bastante valor para resolverme á imprimirla por mi mismo; porque ninguna de quantas he predicado hasta ahora se ha impreso por direccion mia. Y aunque han sido muchas las instancias, que se me han hecho, para que me resolviese á executar esta vez lo que no he hecho en otras ocasiones, no me atrevia á tomar una resolucion, que podria tener consecuencias poco favorables á una Madre, á quien he mirado siempre con la mayor veneracion, y con el más profundo respeto. Todo lo encontraba lleno de dificultades. Sentia, que la Oracion no se imprimiese; y sentia al mismo tiempo que se imprimiese extraordinariamente, y sin intervencion de la parte interesada. No queria desagradar á la Universidad, imprimiendola yo: tampoco queria yo tener el desconsuelo de que no se imprimiese la Oracion del Rey, que pronuncié en mis últimos años, habiendose impreso todas las que prediqué en una edad acaso menos proporcionada para este genero de Sermones.

Pero

Pero ve aqui, que quando yo estaba vacilante, y sin saber que partido tomar, me hallé de improviso impelido de una mano superior, para que la imprimiese yo, y la pusiese á los pies del Soberano. ¡Impulso feliz! que me puso en una de aquellas precisiones, á que no puede negarse con decencia la gratitud, y el reconocimiento. Y desterrando de mi corazon todos los temores, y todas las dudas, que me agitaban, me determiné á imprimirla; teniendo por venturoso el motivo oculto, que habrá tenido la Universidad para no executar lo: pues con él se me ha presentado la mas favorable ocasion de hacer á mi Soberano con este corto obsequio una demonstracion sensible de mi amor, y de mi humilde fidelidad, y vasallage; dexando al mismo tiempo contentas á muchas personas ilustres, que desean con impaciencia esta Oracion, movidas, segun ellas mismas me aseguran (lo refiero con rubor) del gusto con que han leído las demás, que se han publicado con mi nombre.

Si alguno sintiese, que mis Oraciones tengan tal qual estimacion, le aconsejo, que deponga el sentimiento; porque mis producciones en este genero no son buscadas; ni estimadas por su merito, sino por mi fortuna: pero le suplico al mismo tiempo, que tenga paciencia, y que no se enfurezca contra mi; porque yo ciertamente no tengo la culpa de ser afortunado. Mis Oraciones no son aplaudidas porque estén formadas segun todos los primores de la Oratoria;



ría; sino porque las dispongo, las ordeno, y las predico estando enteramente ciego.

Y esta especie de gloria, que nace de mi desgracia, es tan particularmente mia, que ninguno, por ambicioso que sea, querrá quitarmela; siendo constante, que ninguno puede tenerla, sin hacer primero la diligencia de sacarse los ojos. VALE.

*Et nunc Reges intelligite, erudimini, qui
judicatis terram. Ex Lib. Psalm.*

Psalm. 2.

ILUSTRES Academicos: los grandes golpes no necesitan repetirse, ni traerse á la memoria, para que se sienta el dolor, que causan. Ellos por si mismos hacen una impresion bien duradera. El que recibió la España el dia catorce de Diciembre, quando la sangrienta Parca quitó la vida á su Soberano, fue tan terrible, é hizo tanta impresion en los corazones Españoles; que no solo las criaturas mas insensatas apenas podian disimular, que estaban heridas en la parte mas delicada de su corazon, sino tambien los hombres mas sabios, y mas reflexivos, como si no supieran, que la muerte tiene igual dominio en los Palacios de los Reyes, que en las chozas de los Pastores; y como si esta vez hubiera sido mas cruel, y mas atrevida que nunca, no articulaban

A

otras



otras palabras, sino las que arrancaba de su boca el dolor, y el sentimiento. Y esta grande Universidad prorrumpió en unas demostraciones tan dolorosas, que ellas mismas descubrian á todo el mundo su turbacion, y la consternacion profunda, en que la puso la muerte de su Rey. Todo lo llenó de un aparato lugubre; por todas partes se descubrian las señales de su tristeza; los estudios se suspendieron; las Aulas se cerraron, y los Maestros mismos descubrian en el aire triste de sus semblantes la tristeza profunda de sus corazones.

¡O Academicos afligidos! no me admiro, que haya sido tan grande vuestro dolor; no me admiro, que duren aun vuestras lamentaciones, y que vuestras lagrimas corran todavia por vuestras mexillas: no me admiro, que ese magnifico tumulto, acordandoos la grandeza del Rey, que haveis perdido, renueve vuestro sentimiento, y os traiga á la memoria el tumulto secreto, que cada uno de vosotros haviais formado en vuestro interior: no me admiro en fin, que vuestros gemidos no se interrumpian, que vuestras lagrimas

no.

no cesen, que vuestros lamentos perseveren.

Yo sé bien lo que haveis perdido; yo bien sé, que desde el principio de esta grande Universidad, que seiscientos años há fundó Alfonso IX. de Leon, jamás haveis perdido Rey tan grande como CARLOS III; Patrono tan amante de los intereses de vuestra Madre; Protector de las Ciencias tan cuidadoso. Yo lo sé; pero yo sé tambien, que vuestra pérdida no ha sido irreparable. El Hijo del Rey ha llenado perfectamente el hueco de su augusto Padre: el heredero de la Corona lo ha sido tambien de sus virtudes: y CARLOS III persevera todavia vivo en CARLOS IV, en esa porcion preciosa de sus entrañas; y el Señor, que dió su juicio al Rey, ha dado tambien al Hijo del Rey su justicia. Pero si todavia persevera vuestra tristeza, si estos motivos de consuelo no son suficientes para vosotros; buscad alguno, que os consuele; buscad alguno, que temple vuestro dolor, que enjague vuestras lagrimas, que apague vuestro sentimiento. Buscadle, para libraros de la opresion en que vivís; buscadle; pero vivid siempre temerosos, de que acaso no le encon-

A2

tra-



4
trareis, ó que os faltará en el tiempo mas oportuno, aunque tengais la fortuna de encontrarle.

Vosotros me prevenis sin duda, y conoceis, á donde se encamina mi discurso. Vosotros haviais buscado un sujeto, que cumpliese con el triste ministerio de consolaros; vosotros no creiais, que fuese tanta la crueldad de la Parca, que no contenta con haveros arrebatado á vuestro Rey, havia de privaros tambien del consuelo, que podia daros un Hermano vuestro, haciendos menos sensible, y menos dolorosa la pérdida del Soberano con la relacion de sus virtudes. Vosotros no lo creiais; vosotros esperabais, ver cumplidos vuestros deseos: pero los juicios de Dios son incomprehensibles, y solo se cumplen sus disposiciones eternas. Vuestras esperanzas se han frustrado; vuestro consolador ha desaparecido; aquella lengua, que os habló tantas veces desde la Magestad de este sitio, y que vosotros oisteis con admiracion, y con asombro; aquella lengua, que templaria en esta ocasion vuestro dolor con su eloqüencia, ya no habla; ya enmudeció; ya está destinada á guardar un silencio eterno.

5
eterno. Aquel hombre, que poco ha vivia lleno de robustéz entre los mortales, ya pasó á la region de los vivos. Aquel Oraculo de los Pulpitos ya no predica sino en silencio desde el sepulcro. ¡O vanidad! ¡ó nada! ¡ó mortales ignorantes de vuestra duracion, y de vuestros destinos!

Pero no confundamos, ni mezclemos el dolor que nos causa la muerte de nuestro Hermano con el que nos ha causado la muerte de nuestro Rey. Si las providencias humanas se frustran, nunca se frustra la providencia de Dios, que me tenia elegido á mi en los eternos consejos de su sabiduria infinita, para ser el interprete de vuestro dolor; para pronunciar el elogio funebre del mas grande Rey del Universo, y para hacer visible á todo el mundo, no solo que no hay consejo, ni hay prudencia contra Dios; sino que muchas veces se aprovecha, y hace servir el Señor los instrumentos mas desproporcionados para la execucion de sus mas altos designios; burlandose de la prudencia de la carne, y confundiendo los juicios de los hombres. Asi es, ilustres Academicos; mi triste voz estaba des-

ti-



tinada para este deplorable ministerio ; y un hombre privado enteramente de la vista debia de descubrir , y hacer visibles los objetos mas distantes, y mas ocultos. Adoramos, Señor, vuestros decretos soberanos.

Yo vengo pues por un singular destino de la Providencia, á hablaros, y á consolaros en la pérdida de vuestro Rey CARLOS III. De un Rey, cuya grandeza no ha sido formada por los adornos exteriores de la purpura, sino por la piedad, y por las virtudes interiores del corazon: de un Rey, que conservó toda su grandeza en el tiempo mismo, en que empezaba á dexar de ser hombre ; de un Rey en fin, que en aquel momento en que todo se desvanece , conservó la grandeza de su Alma , y vino á morir, no como mueren regularmente los Reyes , sino como mueren los Santos. ¡ Rey feliz, que acertó á serlo, quando se acaban las felicidades de la tierra ! ¡ Rey grande, por haverlo sido en aquel momento , en que los Reyes mismos no son mas que ceniza, polvo, nada!

Si yo huviera de hablar á un auditorio des-

ti-

titudido de las luces de la fe , y que no conociera mas felicidad , que la terrena ; yo les hablaria de su Rey , y de su Soberano en un estilo proporcionado á sus ideas , y á su inteligencia : yo les hablaria con el lenguaje del mundo , y olvidandome enteramente del Evangelio , yo les diria: feliz el Soberano, cuyas armas han sido siempre victoriosas , y que no ha experimentado mas que prosperidades en su Reynado. Feliz el Soberano, que durante el curso de un Reynado largo , y floreciente, ha gozado con sosiego de los frutos de su gloria , del amor de sus vasallos , de la estimacion de sus vecinos , de la magnificencia de sus obras , de la sabiduria de sus leyes , de la admiracion de todo el Mundo , y del augusto regocijo, de verse rodeado de una numerosa posteridad. Asi hablaria yo ; pero hablando de CARLOS III, y en vuestra presencia, yo debo mudar de estilo , y de lenguaje. Vengo á hablaros de un Rey santo , y no debo emplear en elogio suyo unas alabanzas , que podrian tributarse á un Rey pagano. Lo que puede ser comun á los Principes mas corrompidos , no debe hacer el elogio de un

So-



Soberano tan virtuoso. Todo lo que admira el Mundo; la grandeza, las victorias, los talentos, la sabiduria, las luces, y quanto se halla vano, y frivolo en la hora de la muerte, no debe servir para formar el elogio de un Rey tan religioso, como CARLOS III. No; no son estas cosas, las que hacen grandes, y verdaderamente felices á los hombres. Y el mismo CARLOS III, que fue grande en todos sus proyectos; que lo fue en la guerra, en la paz, en sus establecimientos, y en sus leyes; acaso no lo hubiera sido, sino hubiera conservado la grandeza, que trae consigo la piedad, y la virtud. Asi que para hablaros del Rey Católico, del hijo mas humilde de la Iglesia, del mas fiel imitador de las maximas de Jesu-Christo, debo olvidarme del language del Mundo, y hablar solo con el language del Evangelio.

¡Qué consuelo para todo el Reyno; y que gozo para esta gran Madre de las Ciencias poder hablar de su Rey, como el Evangelio habla de los Santos; y poder decir del incomparable CARLOS III, que fue grande, y feliz, no por haver sido la admiracion del siglo presente; sino por ha-

ver

verse ocupado en la meditacion del siglo futuro: que fue grande, y feliz, no porque sus acciones hayan formado una larga historia, que hará immortal su nombre en la memoria de los hombres; sino porque sus lagrimas han borrado de la memoria de Dios la historia de sus pecados: que fue grande, y feliz, no por haver dilatado los limites de su imperio; sino por haver sabido encerrar sus deseos, y sus pasiones en los limites estrechos de la ley de Dios: que fue grande, y feliz, no por haverse merecido, que los Pueblos le igualasen á su augusto Padre, y á su grande Bisabuelo; sino por haverse hecho digno, de que los infelices le diesen el titulo de Padre, y de Piadoso delante de Jesu-Christo: y en fin, que fue grande, y feliz, no por haver dado mas de una vez la paz á la tierra; sino por haverla conservado en su corazon, y haver desterrado de él todos los afectos terrenos, y todos los vicios, que turban la tranquilidad! Asi fue grande, y feliz CARLOS III.

O vosotros, que os dexais ofuscar con el resplandor de lo que aparece grande en el mundo,

B

ye-



venid, á desengañaros de vuestro error con el exemplo de vuestro Rey. Este discurso os hará conocer lo que hace á los hombres verdaderamente grandes á los ojos de Dios. Este discurso os hará conocer, que no es mas, que grandeza aparente, la que no tiene por fundamento la fe, la religion, la piedad, y la virtud. Con la vida, y la muerte de CARLOS III os desengañareis del error, en que vivís, creyendo que la piedad, y la virtud es incompatible con la grandeza, y con las brillantes qualidades, de que deben estar los Grandes adornados. CARLOS III juntó la eminencia del Trono con la humildad del Christianismo. CARLOS III miró la qualidad de Rey, no como un titulo para eximirse de los deberes de la Religion; sino como un empeño poderoso, para animarse al exercicio de las virtudes mas austéras. CARLOS III en fin creyó, que quanto mas grande era por su dignidad, tanto mas grande debia de ser por su virtud, y que aunque era Rey, no dexaba de ser hombre; cuya creencia le hizo vivir con suma vigilancia en el cumplimiento de las obligaciones de hombre, y de los deberes de Rey; no

ol-

olvidandose jamás, de que era hombre, quando cumplia con las obligaciones de Rey; y teniendo siempre presente, que era Rey, quando cumplia con los deberes de hombre, y de Christiano. Reyes de la tierra, CARLOS III os enseña á reynar. Hombres del mundo, CARLOS III os enseña á vivir. *Et nunc Reges intelligite, erudimini, qui iudicatis terram.* Estas son las grandes lecciones, que dá á todo el Mundo EL MUY ALTO, y MUY PODEROSO SEÑOR CARLOS III REY DE ESPAÑA.

LA vida, y la muerte de un grande Rey es una leccion para todos sus Pueblos; la de CARLOS III lo es para todo el Universo. El ha enseñado á todos los Reyes á reynar; él ha dado á todos los hombres lecciones para vivir. Su Reynado ha estado lleno, no solo de aquellas maravillas, que hacen grandes á los Reyes; sino tambien de aquellas virtudes Christianas, que hacen santos á los hombres. El ha sido un Principe cumplido, un Rey completo, un hombre á todas luces grande, un Heroe consumado. Por donde

B2

quie-



quiera que se le mire, siempre es necesario echar mano de la admiracion. Su magnificencia asombra, su sabiduria admira, sus proyectos encantan, sus virtudes embelesan. Si le miramos á la frente de sus exercitos; nos pasma su valor, y su vigilancia. Si le contemplamos en el Solio; nos llena de admiracion su justicia, su piedad, su religion, su cuidado en dar leyes, su zelo en velar sobre su observancia, y su atencion al progreso de las Ciencias, y de las Artes. Si le consideramos en el Gavinete; nos asombra su infatigable aplicacion al Despacho, su talento en conocer el de sus vasallos, su cuidado en premiarlos. Si registramos su vida privada; hallaremos siempre en él un hijo submiso, un Esposo fiel, un Padre vigilante; y en fin en todas partes se dexa ver su fe, su piedad, su religion, su amor á las virtudes, y todo quanto conduce para constituirle un Heroe perfecto, y consumado.

Vosotros conoceis en este compendioso discurso, la extension prodigiosa, que necesitaba mi discurso, para seguir paso por paso la vida de este gran Monarca, y para daros una noticia individual

dual de todas sus acciones: Pero vosotros mismos no dexais de conocer, que yo no debo, ni puedo referirlo todo. Yo vengo á pronunciar un elogio funebre, cuya perfeccion, y metodo perderia mucho con la relacion de ciertas acciones, ó menos importantes, ó poco necesarias, y que trastornarian todo el orden, con que debian colocarse las grandes, que han de hacer todo el fondo del elogio. CARLOS ha sido tan grande, que su misma grandeza, lexos de animarme, me intimida; y la multitud de tantas acciones, dignas cada una de un elogio separado, en lugar de darme aliento, me confunde, y llena mi imaginacion de ideas, todas grandes, todas magnificas, pero que apenas pueden unirse en un discurso, que no ha de ser una historia. Confieso, que el Panegyrista de CARLOS III nunca podrá lisonjearse de haver hecho una pintura correspondiente á la celebridad, y á la reputacion de su nombre.

Pero yo me veo en la precision de intentarlo, aunque sea haciendo un esfuerzo extraordinario. Y sin detenerme en los principios de su



vida, ni en los progresos, que hizo en las Ciencias, y en las Artes en sus diez y seis primeros años; os le presentaré desde luego Rey de Napoles, y sucesivamente Rey de España; en cuyos dos Reynados descubrió, que sabía cumplir con las obligaciones de Rey, sin olvidarse de los deberes de hombre, y de Christiano. ¿Mas á donde aprendió el arte dificultoso de reynar? ¿donde adquirió la sabiduría, y la prudencia necesaria para unos gobiernos tan dilatados? A la verdad, para el exercicio de un ministerio tan arduo necesitaba haver vencido de antemano todos los obstaculos, y todas las dificultades, que trae consigo, no solo la falta de experiencia, sino tambien la grandeza misma, especialmente en aquella edad, en que la reflexion se extiende á pocas cosas, y en que el alma acostumbrada á la magnificencia, y á la pompa Real no ha tenido tiempo para conocer, que todos los hombres son iguales, y que la grandeza misma no es mas, que un adorno exterior, que podian tener los otros hombres, si Dios huviera querido comunicarsela. Esta impresion, que hace la soberanía, y la gran-

grandeza, es un encanto tan peligroso, que apenas hay fuerzas en el hombre para romperle, sino se olvida, de que Dios le hizo grande, porque quiso; sino se compara con los demás hombres, y sino empieza á lidiar con su propia naturaleza.

Pero la Providencia, que destinaba al Infante DON CARLOS, para que fuese Soberano, dispuso, que fuese instruido en el arte de reynar por el gran magisterio de la experiencia. Dispuso, que dexando la casa de su augusto Padre, fuese por sí mismo á conquistar el Reyno de Napoles; para que fuese fruto de su valor, y de sus trabajos, lo que debia venirle por herencia. Este viage, y esta conquista fue el principio de la instruccion practica de CARLOS, haviendole servido lo que observaba en las Provincias, como de un libro de bulto, en donde estudió con los ojos, y aprendió con la experiencia, quanto necesitaba, para el gobierno de los Reynos, á que le destinaba el Supremo Rey del Universo. Con efecto, él empezó desde entonces á conocer á los hombres, como son en sí mismos, y segun los forma la naturaleza; cuyo conocimiento le hizo observar, que



que la ciencia del gobierno apenas puede aprenderse en la Corte. Observacion ciertamente bien propia de la perspicacia de CARLOS; ¿porque, qué es lo que puede aprenderse en la Corte, para gobernar una Monarquía? ¿qué miserias, y que necesidades se presentan allí, para excitar la compasion? ¿qué objetos se ven, que sirvan para hacer conocer la pobreza, y la necesidad de los vasallos? En la Corte solo se presenta el fausto, el luxo, la vanidad, y todo lo que borra la idea de la pobreza, y no respira mas que abundancia. ¿Y como aprenderá con estas lecciones á reynar el Hijo del Rey? ¿como aprenderá á ser politico, y justo con los hombres, cuyas necesidades no vé, y cuya pobreza está enteramente oculta, y escondida á sus ojos? ¡Ah Señores! estas lecciones, lexos de ser utiles, pueden ser muy perniciosas, porque impiden al Soberano el conocimiento de los hombres, y de la nacion toda, que no está ciertamente en la Corte, ni en los Palacios, sino en el campo, en las Provincias, en los lugares pequeños, en los restrosos, en los barbechos de los labradores, y en los talleres

sup

de

de los pobres artesanos: aqui es, donde está el Reyno, y la nacion; aqui es, de donde sale el poder, y la magnificencia de los Reyes; aqui están las armadas mas poderosas; aqui están las flotas mas abundantes; aqui están en fin los brazos, que sostienen el Estado; y las Artes, que le enriquecen. Por otra parte el estado de un Reyno solo se vé al descubierto en las Provincias, y en los lugares pequeños, que las componen. Allí se vé la miseria, la pobreza, la necesidad, la falta de poblacion; y asi como en la Corte todo se oculta, y se disfraza, en los lugares pequeños todo se presenta al natural: la miseria no sabe el arte de disfrazarse; la pobreza, y la necesidad no pueden menos de descubrirse en la palidéz de los semblantes, y en la grosería de los vestidos. En el silencio de estos lugares se oyen muchas veces los gritos de los niños hambrientos, que piden pan, sin haver quien se lo parta, porque sus Padres están tan hambrientos como ellos.

El Infante DON CARLOS se instruyó con la vista de estas miserias, y conoció al mismo tiempo, quanta compasion merecen unas criaturas, que

C

pa-



padecen la sed, la hambre, la desnudez, para mantener, y vestir á los Poderosos, y á los Grandes. El lo vió todo; él lo observó todo; y estas lecciones, que le entraron por los ojos, hicieron mas impresion en su Real animo, que quanto havia visto, y observado en la Corte.

Pero no era este el fin de su jornada, ni debia tener lugar en este elogio, sino se huviera visto en el discurso de su vida, que casi todas sus ideas, y sus religiosos pensamientos debieron su existencia á lo que aprendió con la vista de estos infelices. El iba á conquistar á Napoles, y á hacerse Señor de aquel Reyno; pero toda la grandeza de las ideas militares no apartaba de su memoria la idea de la pobreza, que llevaba impresa en su corazon. Con ella entró en Napoles, y ella fue el fundamento de su gobierno en Sicilia, y en España.

Bien pudiera yo referiros en esta ocasion los choques, los combates, y las escaramuzas, que hubo en este viage, y en que CARLOS descubrió su valor, y su pericia militar. Bien pudiera yo traerlos á la memoria aquella sangrienta batalla de

Bi-

Bitonto, en donde se vió el heroismo de DON CARLOS, y en donde el Conquistador de Orán le erigió una Pyramide de troféos, recogiendo al mismo tiempo banderas, y caja militar del Exército enemigo; que horrorizado de ver su sangre derramada, y temeroso de quedar enteramente desecho, no pudo menos de volver precipitadamente las espaldas: pero me es preciso omitirlo todo; porque ya os contemplo deseosos de ver en Napoles á CARLOS, á donde le condujo finalmente el mismo Duque de Montemár, como á un Heroe, que iba á tomar posesion de sus conquistas.

Entra, pues, ¡Ó CARLOS! entra en esa Corte, que ya es tuya. Tu reputacion te havia hecho ya entrar de antemano en el corazon de tus vasallos, que deseosos de verte, se apresuran á recibirte con un gozo extraordinario, llenando los ayres de vivas, y de todas aquellas expresiones, que suele poner en la boca la alegria del corazon. Tu experimentarás con el tiempo, que te rinde homenages el Vesubio; y que la tierra misma descubre sus mas ocultos senos, para entregarte

Ca

aque-



aquellas dos desgraciadas Ciudades, el Herculano, y la Pompeyana. CARLOS entra con efecto, toma posesion de su Reyno, y empieza pacificamente á gobernarle. Y ahora entra tambien la confusion de las ideas, y la dificultad de la eleccion en la multitud de objetos, que se me presentan. Todo es grande, todo es magnifico, todo es piadoso, quanto se observa desde el principio del Reynado de este Joven Principe. Todo arrebatava violentamente mi imaginacion, porque todo quiere llevarse la preferencia en mi discurso. Lo que sabe todo el mundo se tendria por fabuloso, sino lo acreditaran los monumentos publicos de su Real magnificencia, de su sabiduria, de su amor á los Pueblos, de su compasion con los miserables, y de aquel fondo de Religion, que era el origen de todo.

Vedle ya desde el principio formando los mas vastos proyectos para hacer floreciente, sabio, y feliz su nuevo Imperio. Vedle ocupado en la ereccion de edificios sumptuosos, de Seminarios, de Hospicios, de Muséos. CARLOS intenta desde el principio hacer un Reyno respetable, el
que

que hasta entonces no havia sido mas que una Provincia de la Monarquía Española. CARLOS lo intenta, CARLOS lo executa, y CARLOS concluye en pocos años una empresa, que debia ser la obra de algunos siglos. La fama lo publicará á nuestros sucesores. Entre tanto no dexemos de escuchar nosotros el eco, que han hecho en todo el mundo los edificios publicos: el Palacio de Caserta, el de *Capo di Monte*, y el sumptuoso de Portici, cuya magnificencia excede á toda ponderacion. Y si las voces de estos edificios hacen poco ruido, gritarán los Arcos sobervios de Matallona, en quienes no sabe la admiracion, que partido tomar; porque no se sabe, qual es mas admirable; si la grandeza de animo del Rey en mandarlos fabricar, ó el primor, y la pericia de los Artifices para fabricarlos: levantará la voz aquel grande Hospicio, monumento eterno, no solo de la magnificencia de CARLOS; sino tambien de su piedad: hablarán en fin las fuentes, los jardines, las galerías, las estatuas, y otros infinitos monumentos, que dexo de referir, por no fatigaros con lo que está ya escrito en muchos libros.

Perq



Pero no puedo menos de haceros oír las voces, que salieron de aquellas subterranas profundas concavidades, donde havia estado sepultado tantos años el Herculano, cuyo descubrimiento ha hecho el mas importante servicio á la Republica literaria. Apenas puede ponderarse el afán, el cuidado, y el gusto exquisito, con que este Rey Joven mandó disponer en el Palacio de Portici estancias cómodas, donde se pudiesen colocar todas las antigüedades, que se encontraban en el Herculano, y en otros muchos lugares, donde mandaba hacer excavaciones; de suerte, que vino á formar un Teatro, y un Museo antiquario, que es la obra, que mas levanta la voz á favor de CARLOS, y que será un monumento público, capaz de excitar la envidia de todos los Reynos, por estar surtido de cierta especie de preciosidades, de que carecen los Museos mas celebrados; es decir, de figuras dibuxadas, y pintadas sin intervencion alguna del arte, y sin que haya concurrido mas, que el absoluto poder de la naturaleza, para distribuir los colores, y las sombras, como lo testifica aquel precioso

Camaféo, de que el Rey usó siete años colocado en un anillo, semejante en su formación á la piedra Agatha del Rey Pyrrho, de que tendrán noticia los eruditos. Este Museo hacía todas las delicias del Rey: entraba en él frecuentemente, veía las figuras, registraba los prodigios, observaba las monstruosidades; y con una especie de humanidad, poco conocida en los Soberanos, oía, preguntaba, y aun instruía á los que tenia destinados para entender en aquel Teatro, llenandose todos de admiracion, al ver en el Rey tanta aficion al estudio de la Naturaleza.

Un Rey tan amante de las letras, ¿qué haría para enseñarlas, para perfeccionarlas, para propagarlas? ¿pero qué no haría? Vosotros sabeis muy bien lo que hizo en Napoles, y en España. Vosotros sabeis, que en aquella Capital creó la Real Academia Herculense, buscando con el mas exquisito cuidado para Maestros los mas eruditos Antiquarios. Vosotros sabeis, que aumentó en la Universidad algunas Catedras de Teología, de Jurisprudencia, de Filosofía, y Medicina. Vosotros sabeis en fin, quanto trabajó para introducir

el



el buen gusto en el Gravado, y en el Diseño, habiendo conducido los mas famosos Gravadores de Roma, y de Florencia; de suerte, que segun el testimonio de un Escritor moderno, apenas se encuentra en Napoles lugar alguno, donde no se vea gravado el nombre de CARLOS; y el *Re Católico* se repite todavia entre los Napolitanos con particulares sentimientos de amor, y de ternura.

Vosotros sabeis todo esto; pero vosotros sabeis tambien, que la grandeza de animo, el amor á las letras, y el exquisito gusto, que descubrió en Napoles este gran Monarca, y que admiró á toda Italia, no eran mas que unos preludios de lo que havia de executar en España, á donde finalmente le conduxo la Providencia el año de 59. ¡O España! ¡y qué feliz vas á ser, que grande, que sabia, y que religiosa con el gobierno de CARLOS III! Todo te viene junto con este Principe Soberano: las Artes, las Letras, la Fe, la Religion, y hasta la Humanidad, y la Politica. El viene á fundirte de nuevo, ó por lo menos viene á renovarte. Efectivamente, apenas se vió CARLOS en España, quando empezó á formar gran-

grandes proyectos, y á perfeccionar los que ya estaban formados. Su animo generoso le hizo emprender desde luego quanto podia conducir á la felicidad de los Pueblos, al alivio de los Pobres, y á la perfeccion de las Ciencias, y de las Artes. El no podia olvidarse, especialmente de los pobres, cuya imagen jamás se borró de su espíritu, desde que los conoció en su viage para Italia. Asi que desde el principio empezó á descubrir su ternura, su compasion, y su beneficencia para hacer felices á unos hombres, de quienes depende la felicidad del Estado. Vosotros lo sabeis ¡ó Pobres! Vosotros conoceis las ventajas, que haveis adquirido en el Reynado de CARLOS III. ¿Y quién havrá, que no pueda conocerlas? Las mejores plumas las han publicado, y nos han hecho ver la extension prodigiosa de su charidad, y de su benéfico corazon. No contento con haver concedido perdon general á los Pueblos de todos sus atrasos, ni con haver dado franquicie á muchos Puertos; deseando, que sus beneficios fuesen permanentes, y generales; estableció muchas Juntas: Juntas de charidad; Juntas de Amigos del País,

D

So



Sociedades económicas, y políticas, con todo lo necesario para fomentar el amor al trabajo, y desterrar de una vez la ociosidad, que es la peste de la Republica.

¿Y con quanto gusto me detendria yo en referiros todos los efectos de la piedad, y del amor del Rey á sus Vasallos? ¿con quanto gusto os hablaría de la fábrica de Canales, de riego, y navegacion: del aumento de salario á los Ministros, de las Viudedades, de los Hospicios, de los Seminarios, de la construccion de Navíos, de la nueva fundicion de Cañones, del Correo marítimo, de la poblacion de Sierra-Morena, y de otras infinitas cosas, que llenan de asombro la imaginacion, al mismo tiempo, que lisongean el oido? Pero no quiero detenerme en referir lo que saben todos, y vosotros mismos estais bien informados, de que CARLOS III dexa que admirar á la posteridad, por haver sido capaz de emprenderlo todo, y de conseguirlo todo. Edificios públicos; Templos santos, Hospicios, Seminarios, Muséos, Hospitales, Casas de charidad, vosotros seréis eternos monumentos de la magnificencia,

cia, y de la piedad de este gran Monarca; y los siglos venideros admirarán lo que nosotros ya no admiramos, porque la continuacion de verlo nos ha hecho familiarizar aun con lo mas asombroso.

No dexemos no obstante de referir lo que al parecer forma el carácter del Reynado de CARLOS III, es decir, la introduccion del buen gusto, y el amor á las bellas letras, que ha quitado á la Nacion Española el atributo de barbara, con que la apellidaban las demás Naciones. Ya en tiempo del augusto Padre de nuestro Rey, se havia empezado á tomar el sabor á la literatura; pero estaba reservado para el Hijo lo que el Padre no havia hecho mas que empezar, y lo que los siglos precedentes de la Monarquía no se havian atrevido siquiera á desear. Yo voy á referirlo con gusto, aunque con cierta mezcla de amargura. El Reynado de CARLOS III ha sido el Reynado de los prodigios, y de los portentos. Las Artes mas desconocidas se han hecho familiares á los Españoles. La Justicia ha llegado al mas alto grado de perfeccion; y con las leyes fixas, que se han



establecido, ya no está expuesto el derecho legitimo á ser abandonado en los Tribunales, ni por el capricho arbitrario de los Jueces, ni por el poderío de las partes. Los reglamentos, las disposiciones, las Pragmáticas, las Cédulas, y los Decretos, que se han publicado en nombre del Rey, vendrán á ser una ley general, y formarán un Cuerpo de Jurisprudencia inalterable. Los Magistrados mas célebres, los Consejeros mas sabios, y los Juris-consultos mas profundos, cuyos nombres harán famosa la historia de nuestra España, han sido buscados, y escogidos por el Rey, para administrar en su nombre la Justicia.

Las Ciencias todas se miran ya en España con cariño; y el sabio Rey ha podido con sus sabias, y prudentes disposiciones introducir la sabiduria en su Reyno. Apenas hay Arte, ni Ciencia, cuyo estudio no haya promovido este gran Monarca. La Teología, la Jurisprudencia, la Filosofía, la Medicina, la Antiquaria, las Lenguas, la Humanidad, y todas las bellas Artes, han reconocido en CARLOS III un reformador, un protector, un patrono; á todas se han extendido sus cuidados,

buscando para enseñarlas los mas insignes Profesores, premiando á los mas benemeritos, y excitando con el premio la emulacion de los demás. Asi llegó á conseguir, que sus Tribunales, las Escuelas públicas, las Academias, y los Seminarios estubiesen poblados de hombres, los mas sabios, los mas instruidos, los mas eminentes.

Tu lo sabes bien, grande Universidad; tu estás viendo tus Aulas dirigidas por los mas insignes Maestros, y llenas de Profesores infatigables en el estudio de la sabiduria. Tu sabes bien los grandes hombres, que han ilustrado el Reyno en este siglo, y que te han debido á ti todos sus progresos en la carrera literaria: tu sabes lo que han producido, y lo que producen cada dia todos los establecimientos Reales: tu sabes en fin, que todo el Reyno ha mudado de semblante, y que se han hecho como domesticas en España aquellas Artes, y aquellas Ciencias, cuyos nombres apenas havian oido antes los Españoles, y se ven renacer en nuestros dias aquellos hombres, que fueron la admiracion de los siglos mas remotos. Con lo que se ha adelantado en el Gravado,

en



en el Diseño, ya no se echan de menos los Par-
 rasios, los Zeuxis, los Phidias, los Apeles: con
 los progresos, que han hecho los espíritus filoso-
 ficos, ya parece que han resucitado los mas su-
 tiles, y delicados investigadores de la naturaleza.
 Con la perfeccion, que ha adquirido la Poesía,
 y con el gusto exquisito, que se va introducién-
 do en los Poemas, ya no tenemos que envidiar á
 los Sofocles, ni á los Euripides. Con lo que se ha
 perfeccionado la eloqüencia tanto sagrada, como
 profana, ya no se echan de menos, ni los De-
 mostenes, ni los Cicerones. Digamoslo de una
 vez: en el Reynado de CARLOS III se ha visto
 como revivir el Siglo feliz de Augusto. La Fran-
 cia, la Italia, la Alemania, y casi todas las Na-
 ciones con lo mas precioso de sus Artes parece,
 que han venido á rendir homenaje á este gran
 Rey. La época de las letras estaba al parecer seña-
 lada para este tiempo. Todas las Ciencias brillan,
 todas las Artes florecen, y todos los espíritus se
 lisongean de haver nacido en un Siglo tan feliz, en
 que ven desterrada la preocupacion, y la ignoran-
 cia. Ya la España ha empezado á oír las alabanzas
 de

de las Provincias estrangeras, y nos llenamos de
 regocijo, de que ya no se tenga por barbara nues-
 tra Nacion.

¡O CARLOS! tu nos has llenado de gloria: tu
 nos has abierto el camino para adquirirla, y au-
 mentarla por nosotros mismos: tu nos has hecho
 herederos de la sabiduría, que estaba como des-
 terrada de nuestro País. Quiera el Cielo, que esta
 preciosa herencia se conserve entre nosotros tan
 sana, como tu mismo nos la has dexado, y que
 no hagamos servir para nuestra propia ruina aque-
 llo mismo, que debe mantenernos en la eleva-
 cion. Y no creais, que son vanos mis temores:
 ya vamos experimentando, que son ciertos; y
 esta triste experiencia nos hace conocer la flaque-
 za del espíritu del hombre, que se pierde muchas
 veces en sus propios conocimientos, y se ciega
 con sus propias luces. Es preciso referirlo, aun-
 que sea con amargura. Las Ciencias, y las Artes,
 que han lisongeadó tanto nuestra curiosidad, han
 excitado demasidamente nuestro orgullo. El pru-
 rito de saber, nos ha llevado á curiosidades ex-
 cesivas, sin contentarnos con la sobriedad de la
 Cien-



Ciencia, que prescribe el Apostol; y la Ciencia misma de la Religion, que está fundada solidamente sobre los principios inalterables de la fe, padece sus quiebras por la sutileza de muchos espíritus, que quieren comprehender lo que solo debe creerse, y que se atreven á razonar sobre lo que no cabe en la esfera de la razon. El deseo de adquirir mas luces, y de pasar por espíritus elevados, empeña á muchos á querer comprehender lo que es incomprehensible: quieren filosofar sobre todo: no quieren cautivar su entendimiento en obsequio de la fe; se atreven á dudar de todo lo que no alcanzan; hablan con una libertad increíble, y usan muchas veces del language de la incredulidad. ¡O Siglo feliz, y desgraciado al mismo tiempo! ¡ó Siglo lleno de gloria, y lleno tambien de ignominia! Pero tu gloria la debes á CARLOS III, y solo es tuyo el abuso, que haces de las luces, que has recibido por su influxo. Pero la malicia de los hombres no hará muchos progresos; y vivimos con la seguridad, que detendrá enteramente su curso nuestro gran Monarca CARLOS IV, heredero no solo de la Co-

rona, sino tambien de la fe, de la religion, del zelo, y de la vigilancia de su Augusto Padre.

Entretanto demos gracias al Cielo de haver vivido baxo la proteccion de un Soberano, cuyos cuidados jamás se interrumpieron, para hacer á su Reyno feliz, y floreciente. Pero no dexemos de confesar, que los acontecimientos mas memorables, y los mas vastos proyectos, aunque hagan felices á los Reynos, no hacen grandes á los Reyes. Los Reyes solo pueden llamarse verdaderamente grandes por las virtudes, que les son propias; no por las acciones, ni por los proyectos, que les pueden ser extraños, y en que pueden intervenir las manos de Ministros hábiles. Los sucesos mas ilustres, los establecimientos mas magníficos, la politica mas fina, y quanto hace á los Reyes grandes á los ojos de los hombres, puede ocultar las mas obscuras qualidades, y la gloria misma del mundo, sino tiene por compañera á la virtud, lexos de hacer grandes á los hombres delante de Dios, podrá ser la materia de la venganza del Señor, y de su juicio formidable. ¡Destino terrible! que sería capaz de



infundirnos un nuevo dolor, y de aumentar nuestros gemidos, sino habláramos de un Rey, mas grande todavia por las virtudes Christianas, que hacen santos á los hombres, que por las acciones sublimes, que hacen grandes á los Reyes.

¡Nacion fiel, España afortunada! yo no temo despojar por un momento á vuestro Rey de la purpura, del poder, de la grandeza, y presentarle á los ojos de todo el mundo tal, como él era en sí mismo: yo no temo deciros solemnemente desde este lugar sagrado, que todos hemos sido singularmente felices por haver sido Vasallos de un Soberano, que no solo fue grande por haver sido Rey; sino tambien por haver sido santo; y por haver dado desde el Trono lecciones á los hombres, para vivir, al mismo tiempo que las dió á los Reyes para reynar. CARLOS estaba intimamente penetrado, y convencido de que sería injusto, sino cumplia con aquellos dos deberes. El sabia, que aquel Señor, que le hizo Rey, no le havia dispensado de ser su Vasallo, y que la grandeza que le dió respecto de los demás hombres, no se la dió para que se olvidase de que era

hom;

hombre, como los demás. Esta idéa general, y primitiva, de que se aprovecha la Escritura para hacer el elogio de uno de los mas grandes Reyes de Judá, sirvió de exemplar á CARLOS III para disponer su vida, para arreglar su conducta, y en fin para ser hombre justo.

Y aqui necesitaba yo una lengua tan velóz, que sin fatigaros mucho pudiera recorrer en un momento todas sus acciones piadosas, y todas sus virtudes christianas; pero mi lengua no puede seguir la velocidad de mi imaginacion; ni aun la imaginacion misma ha podido introducirse en lo interior del corazon del Rey, para descubrir los secretos movimientos, que le agitaban continuamente, y que no dexaban de traslucirse en sus acciones exteriores. ¡O, y con quanto gusto cederia yo el lugar, que ocupó á aquellos hombres ilustres, que andaban frecuentemente cerca de su Real Persona! Ellos nos dirian, que CARLOS era un Rey humano, afable, caritativo, perfecto. Ellos nos referirian las grandes virtudes, que practicaba en lo interior de su Palacio, y de que ellos mismos eran testigos muchas veces. Ellos



nos dirian, que era un cuidadoso Padre de familias, que velaba sin cesar sobre todos sus domesticos: que era un Esposo fiel de la incomparable Maria Amalia de Saxonia, sin que este sagrado lazo se rompiese jamás por algun empeño forastero. Ellos nos dirian en fin, que la piedad, la fe, la religion, el amor á la pureza, y el aborrecimiento á todos los vicios, y á todos los pecados, aun los mas ligeros, eran las virtudes, de que estaba lleno su corazon; y que fue mas grande gobernandose á sí mismo, que presidiendo á todo el Reyno. Ellos lo dirian; y yo puedo repetirlo desde la magestad de este sitio fundado en el testimonio de los mas fieles confidentes, no solo de las acciones exteriores, sino tambien del corazon del Rey.

Asi que con la mayor confianza, y con el gozo mas singular puedo asegurar, que este gran Monarca desde que empezó á vivir, y en aquella edad tan peligrosa, especialmente para los que lo pueden todo, descubrió la docilidad de su corazon, y una inclinacion tan particular ácia lo bueno; que ya nos hacia conocer de antema-

no

no, que en algun tiempo havia de dar lecciones á todo el mundo desde el Trono. Ya empezó á ser piadoso desde entonces, y sus ejercicios de piedad nunca se interrumpieron despues, aun quando tenia que atender á los negocios inmensos del gobierno. El retiro, la soledad, la oracion, la frecuencia de los Sacramentos, y todas las practicas christianas, que empezó una vez, nunca fueron interrumpidas. Se impuso no se que especie de obligacion de ser fiel, y de mantener una constancia inalterable en todos sus piadosos ejercicios, y aun en sus mismas devociones: Virtud rara, y singular, especialmente en un Principe Soberano, cuyo gusto mudaria á cada paso la variedad de objetos, y excitaria nuevos deseos en todos los momentos. Pero los deseos de CARLOS siempre fueron los mismos, y sin aquella alternativa, que es casi inseparable de la inconstancia de nuestro corazon: su tenor de vida conservó siempre una uniformidad prodigiosa. Constante en cumplir con los deberes de Rey; constante en cumplir con las obligaciones de Christiano. Executaba cada cosa, como sino tu-

bie-



biera otra que hacer: cuidaba de los Pueblos, y de los Vasallos, como sino tubiera que cuidar de su Alma; y cuidaba de su Alma, como sino tubiera que cuidar de los Vasallos, y de los Pueblos.

Si yo os dixera, que buscaba en su mismo Palacio todos los dias un retiro, y una soledad, para entregar á Dios su corazon en el silencio: si yo os dixera, que oraba mucho tiempo por la mañana separado del bullicio, y que tenia media hora de oracion por la noche: si yo os dixera, que el Rey estaba en vela, quando todo el Palacio estaba entregado á un profundo sueño, ¿me creeriais? ¿No diriais, que yo me abandonaba á mi propia imaginacion, y que tomaba por fundamento de mi discurso alguna relacion fabulosa? pues escuchad hombres; oid Religiosos, y llenos de confusion; escuchad al mas fiel confidente de sus acciones, y oidle decir con juramento: *El Rey dexaba constantemente su lecho todos los dias á las seis menos quarto de la mañana; y tomando su libro, para encomendar á Dios su Alma, sus negocios, y todas las acciones del dia, estaba orando*

mucho tiempo, hasta que iba á Misa con su familia: y no contento con esto, tenia todas las noches antes de acostarse de veinte y ocho á treinta minutos de oracion, retirado, y solo en su reclinatorio. Este es el testimonio de aquel confidente fiel, y sabiendo que es cierto su testimonio, ¿podrémos menos de llenarnos de asombro, observando en un Rey lo que apenas se observa en un Religioso? Pero no lo demos todo á la admiracion: entremos con la consideracion en aquel santo lugar, donde este piadoso Rey se retiraba; y sin turbar su silencio observemos todos sus movimientos. ¿Mas quién podrá observarlos, como ellos eran?

¡O si yo tubiera bastante espíritu para representarle en el alto, y sublime exercicio de la oracion, clamando al Padre de las misericordias, y perdido enteramente en los abysmos de las grandezas de Dios! ¡Oh si pudiera yo hacerosle ver despierto, y velando, quando todos estaban entregados al sueño! Este gran Monarca encontraba el retiro en el bullicio mismo de la Corte, y hallaba en medio de la multitud la soledad, y los desiertos de los Penitentes, y Anacoretas: ¿po-



ro que hacia entonces? ¿en que se ocupaba? ¿Que no puedan hablar aquellas paredes, que estarian atonitas de ver al Rey de la tierra conversando con el Rey del Cielo! ¿Gabinete augusto, retiro sagrado, quantas veces fuiste testigo de los gemidos de este grande Rey? ¿quantas veces le viste postrado delante de alguna Imagen de Jesu-Christo? ¿quantas veces le viste entregado á las lecturas santas, para aprender en las fuentes puras de la Religion las maximas sagradas de que estaba lleno? ¡Ó CARLOS! ¡y quien huviera podido verte, y observarte para referir á todo el mundo unos exemplos de tanta edificacion! Angel santo, que presidías á los exercicios secretos de este grande Rey, y que llevabas el incienso de sus oraciones hasta la presencia de Dios, cuenta-nos los ardores de su corazon herido del amor divino; refierenos sus suspiros, y los torrentes de lagrimas, que derramaba delante de Dios por sus menores pecados. Y vos, Rey del Universo, que veis lo mas oculto, y registras lo mas escondido, dad la recompensa á vuestro siervo. Dadsla, gran Dios, y mirad con ojos piadosos

á

á un Rey, cuya fe, y cuya religion era el fundamento, no solo de estas oraciones secretas, y de este retiro voluntario; sino tambien de aquellas acciones publicas, que no podia ocultar su modestia: de aquel profundo respeto, con que se presentaba á los pies de los Altares: de aquellas confesiones reiteradas, que hacía lleno de lagrimas, y de dolor: de aquella tierna, y ardiente devocion, con que gustaba frecuentemente el Mana escondido, para subir con la fortaleza de esta vianda sagrada al monte santo de Dios: de aquella veneracion, con que asistia al Santo Sacrificio de la Misa, sin atreverse á levantar sus ojos al Cielo, y fixandolos sobre la tierra, que miraba como la materia, de que havia sido formado, y en que havia de convertirse finalmente. Hasta los mas indevotos se llenaban de admiracion, y concebian no se que especie de deseos de reformarse con el exemplo del Soberano, que no se desdeñaba de descubrir la humildad christiana en medio de la pompa Real, y de la grandeza, que la acompaña. Ciertas practicas sagradas, y ciertos exercicios piadosos, que se miran en

F

es-1



estos tiempos, como ejercicios de gente vulgar, y poco instruida, y como impropios de la grandeza, eran mirados, y observados de CARLOS III como indispensablemente necesarios para la perfeccion del Christianismo. ¡Que delicia era ver á este santo Rey en aquellas grandes Procesiones, en que se conduce Jesu-Christo, caminando como un particular con el Rosario en la mano, y sin distinguirse de los otros mas que por su composicion, y por su modestia! ¡Con que santa indignacion reprehendia á los indevotos, y que se ocupaban en coloquios impertinentes en la presencia de Jesu-Christo: *Es falta de fe*, dixo él mas de una vez, *no asistir á estas funciones sagradas con el respeto, y veneracion, que corresponde.*

Esta delicadeza de conciencia, y este horror á las mas ligeras trasgresiones, es una prueba bien sensible del amor, que tenia á su Dios, y de aquel fondo de fe, y de Religion, que era el principio de todas sus acciones; y que le sirvió, no solo para no interrumpir sus ejercicios de piedad, sino tambien para someterse, y humillarse baxo la mano poderosa del Señor, aun quando
le

le affigia con las mas grandes desgracias, y con las adversidades mas terribles; perseverando inalterable en muchas afficciones, y en muchos golpes, con que le regaló el Rey del Cielo, para probar con los trabajos la fidelidad, y la constancia de un hombre, que solo havia experimentado prosperidades.

Con efecto: CARLOS, que havia sido feliz desde la cuna, que havia sido victorioso desde Infante, y que havia recogido los frutos de su valor en la conquista de Napoles, y en la famosa sorpresa de Veletri: este gran Monarca coronado casi siempre de triunfos, y de laureles: este gran Monarca, cuyas empresas gloriosas se ven immortalizadas con elogios publicos de los mas sabios Escritores: este gran Rey, que no tenia que temer sino los escollos, que nacen de la alabanza, y de la gloria: este gran Rey en fin, siempre lleno de felicidades, experimentó el peso de la mano de Dios, que no queria, que se olvidase, que era hombre. El fue herido por aquella mano Soberana en algunas empresas militares: Vosotros lo sabeis: la herida fue bien profunda,
F2 da,



da, y dolorosa: no solo el Rey; sino tambien todo el Pueblo, y todos sus Vasallos sintieron el golpe, y se vieron como oprimidos de la venganza divina. El corazon del Rey se llena de dolor, pero se somete enteramente á las disposiciones del Cielo. El se humilla, él se abate, él se reconoce, y él sabe que el Señor, Dios de los exercitos es el Rey de la Gloria; y repitiendo aquellas palabras, que freqüentemente estaban en su boca: *Hagase la voluntad del Señor: se conformó con unas desgracias tan amargas, habiendo servido su conformidad, para que se conformase todo el Reyno. Rey grande, Rey fiel, Rey santo, que con la humildad mas profunda miraba estos golpes del Cielo como efecto de sus pecados; y como necesarios para resarcir las quiebras, que havia tenido en el uso de tantas prosperidades. Asi que adorando la mano Soberana de Dios, reconoce, que ella es la que humilla, y la que ensalza, la que abate, y la que vence; y que en vano el hombre edifica la casa, si la mano del Artifice Supremo no la sostiene.*

Pero ¡ó Rey paciente, y affligido! estos golpes,

pes, y estas desgracias no son mas que los principios de tus dolores. El Señor quiere probar todavia mas tu constancia. Estas desgracias no eran suficientes para probarla por todos los caminos. Ellas solo han servido para que hicieses á Dios un sacrificio de tu grandeza, y de tu gloria; y el Señor quiere que se lo hagas tambien de tu amor, y de tu ternura. No solo quiere, que le hagas un sacrificio de quanto tienes en calidad de Soberano, y de Guerrero; sino tambien de quanto amas en calidad de Padre de familias, experimentando golpes, y desgracias en tu misma casa, y en tu misma familia.

Y vedme aqui en un lugar, en que se completa la historia de los trabajos del Rey, y al mismo tiempo la de su fidelidad, y de su constancia. El tenia por Esposa á aquel prodigio de su sexo Maria Amalia de Saxonia, que adornada de belleza, suavidad, talentos, gracias, y sobre todo de las mas grandes virtudes, reynó siempre en el corazon de su Esposo, y en el de sus Vasallos. El Rey gozaba de todas las felicidades, que trae consigo el sagrado vinculo con una pureza, que



que tendrá pocos exemplares, y con unos frutos tan copiosos, y tan abundantes, que ellos solos serian capaces de hacer eterna la memoria de los dos santos Progenitores. El gozaba, buelvo á decir, de todas estas felicidades; pero el Señor quiso probar su corazon con las mas duras, y mas rigurosas pruebas. Permittió, que entrase en la Casa Real la desolacion, dando licencia á la muerte para que exerciese su tyranico dominio. Ella toma su cuchillo, y gobernado por la mano oculta, é invisible de Dios, descarga su primer golpe, y hiere de muerte á la Reyna misma. El juicio terrible de Dios empezó por aquella cabeza augusta, que hacía todas las delicias del Rey, y que se havia conciliado el amor de todo el Reyno. ¡O muerte! ¡ó Amalia! El Rey queda sin Esposa: el Principe, y los Infantes sin Madre: el Palacio lleno de luto; y todo el Reyno bañado en lagrimas. ¡Qué sentimiento para el Esposo! ¡y qué sentimiento tan permanente! ¡Pero qué conformidad, que sumision, que constancia! Su larga vida no ha servido sino para aumentar su pena. El no ha cesado de llorar sobre sus cenizas,

y

y ha mirado su pérdida, como una pérdida irreparable. ¡O Rey afligido! no gimas, como los que no tienen esperanza; consuelate con que la Reyna vive eternamente; ó consuelate á lo menos con la vista de esos preciosos Hijos, que te ha dexado, en quienes estás viendo la imagen de la Madre, y que te dán las mas lisongeras esperanzas, de que durará mucho vuestra posteridad.

¡Pero ah! los consuelos del mundo engañan, y no podemos vivir seguros de sus promesas; lo que debia consolar al Rey fue el origen de nuevas aflicciones, y de nuevos golpes, que necesitaban en su Real animo nueva constancia. Su Primogenito se une con el sagrado lazo á Luisa de Borbón, Princesa incomparable, de espíritu superior, adornada de una Alma singularmente grande, y de un entendimiento lleno de luces. Princesa, cuya fecundidad prodigiosa ha enriquecido la Monarquía Española con muchos Principes, Infantes, é Infantas; renuevos augustos, que floreciendo con las bendiciones del Cielo, nos hacían esperar, que extenderian por todo el mun-



mundo la posteridad gloriosa de Borbón.

Este consuelo, buelvo á decir, fue el origen de nuevas desgracias, que llenarian de terror, y harian titubear la constancia de otro corazon, que no fuera el de CARLOS III. La muerte, cuya licencia no se havia revocado por el Autor de la vida, empieza como de nuevo á hacer estragos en Palacio; descarga su segundo golpe sobre el primer Nieto del Rey; y apenas se havian enjugado las lagrimas, que derramó por él toda la España, sale de los consejos eternos un tercer decreto irrevocable, y la muerte señala tercera vez la Casa Real, quitando la vida al Principe segundo. ¡Qué constancia no necesitaba el Rey en un desconsuelo tan amargo! ¿pero le faltó por ventura? Oid-selo al mismo Soberano, que prorrumpió en estas expresiones, quando se le queria consolar: *Yo me lleno de gozo, dixo, al contemplar, que tengo estas dos prendas en el Cielo con un Reyno eterno; y tomando su propia carne con su mano, prosiguió diciendo al que le consolaba: Esta se resiste algun tanto; pero hagase la voluntad de Dios: y creeme, que si entendiese, que era voluntad suya el privarme de todos mis Hijos, y mis Nietos, yo mismo los sacrificaria*

á

á todos gustoso, por cumplir con ella. ¡O Rey sobre todos los Reyes, y aun sobre todos los hombres!

El Cielo, no obstante, quiere al parecer consolarle, disponiendo que nazcan dos Principes para recobrar de una vez las dos pérdidas pasadas. Nacen con efecto: celebra el Rey, y todo el Reyno con públicos regocijos su nacimiento extraordinario. Pero este gozo duró poco, porque la Parca, la cruel, la inexorable Parca descargó un golpe mortal sobre uno de ellos poco despues de haver nacido. ¿Qué es esto CARLOS? ¿Qué es esto Españoles? ¿Espada del Señor, qué es esto? ¿quándo te has de detener? Y vos, gran Dios, que la gobernais, suspended por un momento vuestra indignacion, y permitid, que este Rey afligido sosiegue con el quarto Nieto, que le ha quedado. No permitais, que se acabe enteramente su Real descendencia, ni que su posteridad sea enteramente exterminada en vuestra colera, como lo fue la de aquel Rey impío, de que habla la Escritura. ¿Pero qué es lo que observo? ¿qué veo? La espada de Dios está levantada todavia; ella descarga su golpe, y corta tambien esta quarta

G

flor,



flor, como las otras. ¡O Dios terrible! ¡qué pruebas tan duras, y tan crueles! Era necesario, que el Rey tubiese toda la fe de Abraham, para creer, que su posteridad, y sus esperanzas no iban á acabarse; pero este gran Monarca la tenia, y en medio de los repetidos golpes, que iban arruinando su augusta descendencia, él persevera inalterable; y semejante al Padre de los creyentes, él espera, que no perecerá el hijo prometido, y destinado para reynar en los Consejos eternos. El lo espera; y sus esperanzas se cumplieron con el nacimiento del Principe Don Fernando, cuya preciosa vida se conserva con regocijo universal de toda la Monarquía; pero antes que viese el Rey este objeto de sus esperanzas, vivía contento con las disposiciones del Cielo; y lexos de quejarse de la tiranía de la Parca, se sometia perfectamente baxo la soberana mano de Dios; y repitiendo aquellas palabras: *hagase la voluntad del Señor*, iba enviando con gusto al Cielo los mismos dones, que no havia recibido sino del Cielo. ¡Qué sumision tan christiana! ¡qué conformidad tan heroica, que fe, que religion, que

exem-

exemplo! Aprended hombres: aprended Reyes de la tierra: aprended Grandes, y Poderosos del mundo. *Et nunc Reges intelligite: erudimini, qui iudicatis terram.*

Esta sumision á la voluntad de Dios no era en CARLOS efecto de la edad, ni el fruto de una larga experiencia. El alto conocimiento, que tenia de la Soberana bondad del Sér Supremo, le hacía mirar las aflicciones, y los trabajos, y aun los mas grandes peligros, como efectos de aquella misma bondad, que nada permite sino para el bien de sus escogidos, y nada obra en el tiempo, sino lo que tiene dispuesto en los Consejos eternos de su sabiduría. Asi que nada le sorprendia de quanto suele aterrar á los mortales. En su edad mas floreciente, y quando empezaba á reynar en Napoles, se formó contra él (su Confesor es el que habla) una conjuracion secreta; y habiendosele revelado, que era necesario asegurar su Real Persona, porque se le queria quitar la vida con veneno, dixo al Ilustrisimo Confesor: *Yo solo cuido de no desagradar á Dios, lo demás corre por cuenta suya*: palabras, que descubren bien la

G2

gran-



grandeza de su Alma, la firmeza de su fe, y la gran confianza, con que se ponía baxo la protección del Todo-poderoso, mirandose, no como Rey de sus Vasallos, y de sus subditos, sino como Vasallo del Rey Supremo del Universo, á quien tenia entregado su corazon con una dependencia tan absoluta, que no se contentaba con estar sometido á este mismo Señor immortal, é invisible; sino tambien á su Cabeza visible, á su Vicario en la tierra, cuyos decretos eran para CARLOS decretos soberanos, y cuya religion era el timbre, que preferia á toda su grandeza. Traed sino á la memoria segunda vez la accion de Velletri, y olvidandoos por un momento del valor, con que salió de aquella sorpresa peligrosa, acordados solamente de su entrada triunfante en Roma, y de los prodigios de piedad, que obró allí su Religion, despues de los prodigios de valor, que acababa de obrar su espada en el Campo de Batalla. ¡ Con qué gozo se presentó al Soberano Pontífice! ¡ con qué profunda humildad le besó el pie! ¡ con qué sumision se confesó Hijo el mas humilde de la Iglesia! Habló con tanta pureza de
la

la Religion Catholica, y con tanta fe de los misterios mas elevados, que llenó al Señor Benedicto XIV de un regocijo tan singular, que no cabiendole en el corazon, lo derramó ácia fuera, y escribió á Doña Isabél Farnesio, Reyna de España, y Madre de CARLOS, congratulandose, de que *Su Magestad, y la Iglesia tubiesen un Hijo tan Catolico*: expresion con que hace conocer aquel gran Pontífice el alto concepto, que hizo de la pureza, de la fe, y de la Religion del Rey DON CARLOS.

Es verdad, que no necesitabamos de este alto testimonio para conocerla. El zelo ardiente que tubo siempre de propagar la Fe de Jesu-Christo, es un testimonio real, de que su corazon estaba bien penetrado de ella. Todo aquello, en que se interesaba la fe, venia á ser un interés de estado para él. Su Magestad determinó comprar á qualquier precio la extension de la Religion Catholica, porque deseaba que fuese la Religion de todo el mundo. Se llenaba de lagrimas, y de dolor, acordandose de muchos Pueblos, que gemian en las Indias sumergidos en las tinieblas de la incredulidad; y conociendo que aquellos infelices eran
hom-



hombres como él, sus hermanos en Jesu-Christo, rescatados con la misma sangre, y herederos de un mismo Reyno, pensó en sacarlos de aquella tenebrosa obscuridad; y por un heroismo singular de fe, de zelo, y de amor á los hombres, emprendió lo que muchos Reyes no se havian atrevido á emprender, y consiguió finalmente lo que deseaba, venciendo unas dificultades, que se creian insuperables. El descubrió las costas de la nueva California: él plantó Misiones, y extendió la luz del Evangelio hasta el Puerto, y Mision llamada de San Francisco, cuya obra vió felizmente acabada el año de 84: zelo propiamente de un Apostol, y propio tambien de CARLOS III, que acordándose, que era hombre como los demás, deseaba que los demás hombres tubiesen la fe verdadera, y pudiesen ser como él herederos de un Reyno eterno.

Vosotros lo estais experimentando, Países afortunados: vosotros estais publicando, que en el nuevo Mexico, en la California, en la Sonora, y en Sierra-gorda será eterno el nombre de CARLOS III, que ha venido á ser el Padre, y en cierto modo el Apostol, que engendró una multitud de
hi.

hijos en Jesu-Christo.

No quiero detenerme en referir aquel zelo ardiente, pero al mismo tiempo ingenioso, con que libertó á los Christianos del cautiverio de los Infieles, firmando con los Infieles mismos una paz, que fuese, como decia el Rey, *una redencion preservativa*, para libertar á los verdaderos creyentes de aquella tyranica servidumbre, en que muchos apostataban de la fe, cuya apostasia era tan dolorosa para CARLOS, que muchas veces hacia sensible su dolor con las lagrimas. De aqui nacia los infinitos rescates, que se hacían á sus expensas. De aqui nacia el exquisito cuidado, con que estos últimos años socorria á los que estaban en cautiverio, y vivian en esclavitud. Y en fin, de este fondo de caridad nacia, que sus miras piadosas se extendiesen hasta las necesidades futuras para socorrerlas. Tu lo sabes ¡ó España! y tu puedes llamarle el Padre comun de todos: Padre de los Huerfanos fabricandoles Hospicios, donde tubiesen un refugio para mantenerse, é instruirse: Padre de las Viudas, estableciendo las Viudedades, para que pudiesen sustentarse, y sirviesen al mismo tiempo
de



de preservativo contra los desordenes, que trae consigo la necesidad, y la pobreza: Padre de los demás afligidos, formando Juntas de Caridad, y de Misericordia, para que tubiesen el socorro necesario en sus enfermedades, y aficciones. Tu sabes tambien, ¡ó Reyno feliz! que CARLOS III bajaba con la compasion desde lo mas alto del Trono, hasta las Casas mas humildes de los Labradores, y Artesanos, cuyos trabajos jamás se borraron de su corazon, desde que en su viage para Napoles conoció perfectamente á los hombres; habiendo aprendido con la leccion invencible de la experiencia, lo que acaso jamás huviera podido conocer aun con la direccion de los mas habiles Maestros.

Este conocimiento, que adquirió entonces, y que le sirvió toda su vida para compadecerse de los infelices, y para socorrerles en sus necesidades corporales, no le sirvió menos para cuidar, que se conservase entre ellos la pureza de la fe, y para velar contra la corrupcion de las costumbres: ¿y qual fue la vigilancia del Rey en este punto? como sabia, que la pureza de la fe, y de las cos-
tum-

tumbres de los Pueblos depende freqüentemente del zelo de los Prelados, puso toda su atencion en escogerlos zelosos, vigilantes, é irreprehensibles. ¿Qué precauciones no tomaba para elegirlos! Los testimonios mas públicos, y mas autorizados del merito de algun sujeto apenas bastaban para asegurar su eleccion. Este derecho de la Corona lo miraba como un escollo muy temible, y muy peligroso. Las pretensiones, los servicios, el nacimiento, no creía que fuesen titulos suficientes para un Obispado. Su exactitud en este particular iba muchas veces mas allá de las reglas comunes. La virtud era el mas grande merito; la que llenaba los primeros puestos, y la que recibía los favores del Soberano.

Reynado feliz, en que la piedad, y la virtud han ocupado los lugares mas eminentes; y en que los Prelados virtuosos, animados con la proteccion, y aun con el exemplo del Soberano, han podido oponerse á la corrupcion de las costumbres, cuyo desenfreno ha llegado á tan lamentables excesos, que algunos espiritus, no contentos con dar curso libre á sus pasiones, pintan los vi-

H

cios



cios con los colores mas agradables, y dan á las pasiones mas baxas, y mas vergonzosas el titulo de bellas, para hacerlas amables, ó por lo menos para hacerlas menos aborrecibles, llevando tras de sí á muchos incautos, que viven por imitacion, y que se mueven á todo viento de doctrina. Nosotros lo experimentamos; y por nuestra desgracia somos testigos de las quiebras, que padece la Religion, mirandose con no se que especie de derision las devociones mas santas, las practicas mas sagradas, y aun las solemnidades mismas; y aborreciendo :::: Pero no hablemos de los vicios, ni de la destemplanza de los hombres, porque todavia nos están executando las virtudes del Rey, cuyos grandes exemplos vituperan quanto han vomitado los libertinos contra las devociones, contra las practicas Religiosas, y contra todo lo que la Religion prescribe, y la Iglesia Santa tiene autorizado. CARLOS III confunde á los enemigos de la Iglesia con su sumision, con la viveza de su fe, y con la pureza de sus costumbres. Es verdad, que las virtudes de este gran Monarca eran muy altas, muy elevadas, muy sublimes; pero no se desde-

ñaba

ñaba de las mas humildes. El asistia á las Santas solemnidades, y aun á las Procesiones públicas. El tenia muchas particulares devociones: él la tubo muy singular á la Santa Virgen, como lo acreditan los testimonios publicos, con que promovió la festividad de su Concepcion gloriosa. El descubrió el amor mas ardiente á Jesu-Christo Sacramentado, de cuya Real presencia tenia tan viva fe, que el mismo dia, en que bolvia á su Palacio con la enfermedad mortal, que le quitó la vida; observando, que Jesu-Christo iba á la Casa de un Enfermo; lleno de fe, de amor, y de ternura, se apeó de su Carroza, y casi sin poderse sostener, fue acompañando al Rey del Cielo, hasta que agoviado, y oprimido del mal, se vió precisado á mandar, que le retirasen. El conservó en fin otras muchas practicas devotas, que no refiero, porque son notorias á todo el mundo. Pero en donde mas se dexó ver su Religion, y en lo que confundió mas el espiritu del Siglo, fue en la frecuencia de los Sacramentos, en el aborrecimiento del luxo, y en su inalterable amor á la pureza; virtudes tan singularmente grandes, que yo me detendria gustoso

H2

toso



tosos en hacer de cada una de ellas un elogio separado, sino temiera abusar de vuestra paciencia.

La pureza, no obstante, arrebatada con tanta violencia mi imaginación, que no puedo menos de hablaros de ella, para que sirva de admiración á todo el mundo. Hombres corrompidos, venid aquí á llenaros de confusión: Espiritus fervorosos, venid á reconocer el soberano poder de la gracia de Jesu-Christo, y la fidelidad de vuestro Rey á sus santas inspiraciones. CARLOS conservó la pureza, y la castidad todo el discurso de su vida. La pureza virginal antes del Matrimonio, y la conyugal en el vinculo santo, consta por una deposición, que dexó escrita de su misma letra el Ilustrísimo Bolaños Confesor suyo. La de su viudedad es bien notoria. Vosotros conocéis, que era necesaria la lengua de un Angel para ponderar esta virtud; y os admirareis, que haya sido tan permanente en el Rey una virtud tan delicada, y que padece tantas quiebras en los demás hombres. Y ciertamente vosotros tenéis razón para admiraros, si le considerais privado de las castas delicias del Matrimonio en la edad mas floreciente, y mas robusta.

busta. ¡Quanto tendria que trabajar consigo mismo para vencer este enemigo domestico, cuyos insultos temen hasta los Solitarios, y Anacoretas! A la verdad; Señores: un Rey, que conserva la castidad, y la pureza en las circunstancias de CARLOS, debe mirarse como un prodigio, y un portento de la gracia. Si esta virtud apenas puede conservarse en la soledad, y en el retiro; ¡qué precauciones, y que vigilancia no será necesaria para conservarla en medio de las ocasiones mas peligrosas! especialmente en un Rey, cuyas pasiones gozan de su misma autoridad, y se sientan con él en el mismo Trono! ¡en un Rey, que puede quererlo todo, sin que jamás se frustre la satisfacción de sus deseos! ¡En un Rey, á cuyos ojos se presentan en todos los momentos objetos nuevos, que no piensan sino en estudiar sus inclinaciones! ¡En un Rey, que ordinariamente está rodeado de Apologistas de sus pasiones! En un Rey en fin, siempre cercado de encantos engañosos: ¡qué violencia, y que gracia no seria necesaria para no dexarse arrastrar alguna vez de las inclinaciones de la naturaleza, á donde le llamaban tantos objetos seduc-



ductores; especialmente en estos tiempos infelices, en que aquellas mismas criaturas, á quienes la naturaleza dió por herencia el pudor, no contentas con olvidarse de él, quieren que se olviden todos, y como que desafian al pudor mismo, que encuentran en los demás! Quanto tendria CARLOS que trabajar en unos tiempos, y en unas circunstancias tan favorables al pecado, para dar desde el Trono un exemplo de continencia á todos los Pueblos, que no hacen mas que observar las costumbres del Soberano, para imitarlas. Pero el Rey trabajó con el socorro de la gracia, y los frutos de su trabajo han sido tan visibles, que pueden servir de leccion, no solo á sus Vasallos, sino tambien á los Grandes, y Potentados del mundo. Reyes de la tierra; vuestra dignidad es suprema; vuestro poder es absoluto; pero tambien son grandes vuestras virtudes, si las adquirís en medio de tantos obstaculos, como encontrais. Vosotros no solo teneis que lidiar contra vuestras pasiones, sino tambien contra la autoridad, y el poder, que os facilita gozar de sus encantos. Acordaos, os dice el Espiritu Santo, que el poder os ha venido de
lo

lo alto, y que el uso del poder debe ser santo, como su origen; y si las palabras hacen poca impresion en vuestros corazones; mirad el exemplo del grande CARLOS, que lexos de aprovecharse de su autoridad, y de su poder para manchar su pureza; el poder mismo, y la autoridad no le han servido, sino para que esta virtud fuese en él mas eminente. Vosotros sabeis, que no exagero: El confidente mismo de su conciencia lo asegura, toda la Nacion lo pública, y nosotros podemos llamarle con justa razon CARLOS EL CASTO.

Grandes del Mundo, venid á ver la grandeza, y el poder junto con la castidad, y la pureza: Hombr**es** del Siglo, venid á ver la pureza, y la castidad junta con unas pasiones tan violentas, como las vuestras. Venid en fin todos á ver á un Rey, en cuyo corazon reynò siempre el pudor, y de cuya Alma estaban desterrados todos los vicios, y todos los pecados. ¡ Todos los vicios, y todos los pecados! Cielos llenos de admiracion con lo que digo: Christianos, llenos de confusion con lo que refiero. CARLOS III desterró de su corazon todos los vicios, y todos los pecados, aun los mas
li.



ligeros. Yo lo sé, y no me atreveria, sino lo su-
 piora, á dar unas alabanzas al parecer tan excesivas
 delante del Altar, donde reside el Díos de la ver-
 dad. El mas fiel confidente de sus acciones, y de
 todos sus movimientos depone con juramento;
que jamás le vió cometer culpa venial deliberadamente,
y con conocimiento. ¡Qué asombro! El Rey mismo
 lleno de aquella santa simplicidad, que es comun
 á todos los Justos, decia freqüentemente; *que no*
podia comprehender, como se podia cometer voluntaria-
mente un solo pecado, por pequeño que fuese. Bastabale,
 que fuera pecado, aunque fuera muy ligero, para
 detestarlo, y aborrecerlo. ¡O delicadeza de con-
 ciencia! ¡ó virtud! ¡ó perfeccion! Aprended aqui,
 no digo yá, Reyes de la tierra, Grandes, y Pode-
 rosos del mundo: aprended vosotros, Hombres
 justos, Espiritus fervorosos, Almas favorecidas de
 Dios; aprended; ponderad sino en vuestro inte-
 rior lo que mi lengua no puede: ponderadlo vo-
 sotros, que aborreciendo las culpas graves, no
 teneis tanto horror á las ligeras, que dexeis de co-
 meterlas muchas veces. Son ligeras, decís; como
 si por ser ligeras dexáran de ser pecados. El Rey
 de

decia al contrario: son pecados; y esto le bastaba
 para detestarlos, para aborrecerlos; para no co-
 meterlos: creyendo, que debia de aborrecer hasta
 la menor sombra de pecado.

Pero como es imposible, que no se escapen
 algunas culpas ligeras á la humana fragilidad;
 ¿qué juzgais hacía el Rey, quando alguna le cogia
 de sorpresa? ¿Pero qué havia de hacer, sino lo
 que hacen los Santos, y los que quieren conservar
 su corazon siempre puro? El gemia delante de
 Dios; él lloraba, luego que conocia su pecado; y
 jamás tomó el reposo de su lecho, sin recurrir al
 sagrado Tribunal, y sin lavar su Alma con las
 aguas saludables de la Penitencia. El mismo Rey
 lo declaró á un Santo Prelado, con quien tubo una
 larga conferencia sobre el importante negocio de
 la salvacion; él mismo Rey le dixo estas palabras:
Yo todas las noches hago con la mayor seriedad el exa-
men de mi conciencia, y no soy capaz de acostarme, sin
confesarme primero, si hallo algun remordimiento aun de
un solo pecado venial deliberado. Asi lo dixo el Rey;
 y yo quisiera tener en esta ocasion á mano aquel
 buril, que descaba Job, para gravar en el bron-



ce, y en el marmol estas palabras, dignas de eternizarse en la memoria de los Hombres, para admiracion de todos los siglos; palabras á la verdad, que solo pueden salir de la boca de un Santo, y que me hacen á mi cerrar la mia, sin dexarme aliento, mas que para prorrumper en aquella especie de exclamaciones, que nacen de la admiracion, y del asombro. ¡O CARLOS! ¡O Rey Santo! ¡O confusion de los Hombres mas justos, y de los Religiosos mas ajustados! ¡Ojalá, que tu preciosa vida huviera sido interminable, para que siempre tubieramos á la vista tus grandes exemplos! Pero, ah Señores! ella tubo su termino, y su fin; y el Rey Supremo del Universo quiso castigar á todo el Reyno con su muerte. ¿Con su muerte? Si España: con su muerte. CARLOS murió, porque CARLOS era Hombre. El havia cumplido durante su vida con todas las obligaciones de Hombre; y la muerte le executa ultimamente, y le hace pagar el tributo impuesto á todos los hombres.

Con efecto: el Rey enferma para morir. La muerte entró en su seno, desde aquel momento, en que el Autor de la vida pronunció su decreto

irre-

irrevocable. ¡O Señor; y que secretas son, que incomprehensibles tus disposiciones Soberanas! La muerte está con la espada levantada, pero tiene todavia oculta, y escondida su mano. La Medicina no la vé, las luces del Arte no la descubren, y la valentía del temperamento del Rey la oculta enteramente. Mas esta misma valentía se fue debilitando poco á poco con el mal, que se iba agravando por momentos; y aquellos mismos, que no havian conocido antes, que la muerte estaba á la puerta, empezaron á conocerlo por las señales exteriores, que la anunciaban. El Rey la vé venir, y lexos de atemorizarse con su horrible aspecto, la espera con ojos tranquilos, y serenos; y en medio de la tristeza, y de la consternacion, que observaba en los que rodeaban su lecho, él tenia una paz, y un sosiego, que no se halla, sino en la fe, y en la confianza en Dios. Asi que observando el recelo, que tenian todos para decirle, que se dispusiese, prorrumpió en estas palabras: *¿Para qué son esos temores? me dicen, que me disponga, y me lo dicen llenos de sobresalto; como si me cogiera de nuevo esta noticia: hace quince dias, que me estoy disponien-*

do,

do,



do, y que estoy esperando tener este consuelo. ¡Qué dicha no será para mí, recibir á mi Dios, y los Sacramentos de su Iglesia! Efectivamente: lexos de aterrarse con el aire lugubre, y sombrío, que traen consigo los Sacramentos de los moribundos, los mira como mysterios de paz, y reconociendo en ellos los efectos prodigiosos de las misericordias de Dios, prosiguió diciendo: *Quiero, y deseo recibirlos con todo conocimiento, y así espero, que me los den.*

CARLOS recibe el de la Penitencia con un dolor tan sensible, con una compuncion tan verdadera, y con unas lagrimas tan copiosas, que el Ministro de Jesu-Christo no pudo menos de reconocer, que la mano invisible de Dios concurría á acabar la obra de la salud eterna del Rey, que havia empezado. Este dolor sensible de sus pecados, junto con la fe, que tenia en Jesu-Christo Sacramentado, infundió en su Alma un amor tan tierno, que al ver, que le visitaba el Rey del Cielo, sintió dentro de sí mismo unos deseos tan vivos de recibirle, que hacían conocer á todos, quanto podia en el Rey la Gracia, aun en las ruinas mismas de la Naturaleza. Pero observad todos sus me-

vimientos, y reconoced el carácter de su corazón en la presencia del Rey del Cielo. El teme delante de la Magestad de Dios. El adora á su Juez, que está presente. El reconoce la Soberanía del Señor: él se somete á sus eternas adorables disposiciones; y confiando en su Misericordia infinita, lleno de Fe, y de Esperanza, recibe el Sacro-Santo Cuerpo de Jesu-Christo; enterneciendo á los circunstantes con unas palabras, tan llenas de ternura, y tranquilidad, que se conocia bien, que las ponía en su boca la abundancia de su corazón. Entonces le preguntó uno de los Ministros del Señor: ¿si perdonaba á sus enemigos? *No los conozco, respondió el Rey, pero si tengo alguno, le perdono.* ¡O Rey grande en el tiempo mismo, en que hasta los Reyes son pequeños! La firmeza de su espíritu persevera en la disolucion misma de su Cuerpo. La Religion le anima, la Fe le sostiene, y todas las virtudes le acompañan.

Reyes del mundo, venid á ver, como muere un Rey Santo. Hombres pecadores, venid á ver, como muere un Hombre justo. Españoles todos, venid á ver á vuestro Rey triunfar de la muerte,
Nada



Nada le aterra en el día del terror; nada le intimida en el día de las venganzas. El conoce, no obstante, que la muerte se apresura, y que va á consumir su Sacrificio; y con la misma magestad que antes, pide la Santa Uncion, y la recibe con pleno conocimiento. El presenta su cuerpo al sagrado Oleo, ó por mejor decir, á la Sangre de Jesu-Christo, que corre mezclada con este licor precioso. Y desde este momento se hace mas sensible, que nunca la constancia, y la grandeza de Alma, con que recibe la muerte; llenando á todos de admiracion su sosiego en un paso tan formidable.

Yo le veo triunfar de la muerte misma; y transportado de tan bello triunfo, no dudo cantar en accion de gracias el Cantico de las misericordias de Dios: *Misericordias Domini in eternum cantabo*. Yo no dudo repetir aquellas palabras de San Juan: *Et hæc est victoria, quæ vincit mundum, Fides nostra*: la verdadera victoria, y la que pone todo el mundo á nuestros pies, es nuestra Fe. Ella conservó á CARLOS triunfante, y victorioso, quando todos se daban por vencidos. Los Principes sus
Hi-

Hijos, que rodeaban su lecho, no pudiendo detener las lagrimas, prorrumpian en los mas dolorosos gemidos; y lexos de enternecerse el Rey con unos sentimientos tan vivos de la Naturaleza, les dixo estas palabras: *¿ Creiais por ventura, que yo no havia nacido para morir?* Y levantando mas su voz tremula, y moribunda, les descubrió, que todos los hombres son iguales en el morir, y en el nacer: Les encargó, *que conservasen la union, y la paz*; y dirigiendose determinadamente al Principe, le dixo, *que cuidase de la Fe, y de la Religion; que cuidase de sus Hermanos, y del Infante Don Pedro; que no se olvidase de sus Vasallos, de sus Criados, y de los Pobres; y en fin, que mantubiese siempre la paz, y la union con el Rey de Napoles*. Asi habló CARLOS: asi habló este gran Padre de familias; é imitando despues al Padre de los Machabéos; levantó sus manos; les echó su ultima bendicion, y les dixo un A Dios eterno.

Con esta paz llegó hasta el ultimo momento de su vida; conservando aun en la agonía misma tan despejada la razon, que siempre contestó al Ministro de Jesu-Christo, diciendo: *Si Padre, así*



lo hago: yo encomiendo mi Alma á Dios, y á Maria Santisima; y espero, que esta Señora me abra las Puertas de la Gloria; y casi al acabar de pronunciar estas palabras, lleno de confianza, espiró CARLOS III, quedando todos llenos de consuelo, viendole morir, como mueren los Justos.

Camina pues, Alma grande, Alma generosa, Alma santa, que estabas como oprimida en ese Cuerpo mortal, y corruptible; camina, y buelve á entrar en el Seno de Dios, de donde havias salido. Y vosotros, Espiritus Celestiales, Angeles Tutelares de la España, venid por ella; salidla al encuentro. *Occurrite Angeli Domini*: venid, y conducid al Rey de la tierra al Trono, que le tiene preparado el Rey del Cielo: colocadle cerca de su tierna Esposa Maria Amalia de Saxonía; cerca de sus queridos Hijos, y de sus amados Nietos, que le están esperando, para que goze en compañía suya del Reyno eterno, que Dios le tiene preparado.

Asi sea.

REQUIESCAT IN PACE. AMEN.

618746197



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES